

“TODOS LOS SERES HUMANOS SOMOS CAPACES DE LO MEJOR Y DE LO PEOR”

VOLKER JAECKEL
Universidade Federal de Minas Gerais
Belo Horizonte
volkerjae@yahoo.de

Almudena Grandes, nació en Madrid en 1960 y estudió historia en la Universidad Complutense de Madrid. Publicó su primera novela en 1989: *Las edades de Lulu*, filmada por Bigas Luna. Desde entonces fueron publicadas doce novelas, traducidas a más de veinte lenguas, con más de diez premios literarios y fueron vendidas en todo el mundo. Almudena Grandes publicó cuentos, relatos, una biografía y escribe regularmente en el diario *El País*. Desde 2010 trabaja en los *Episodios de una guerra interminable* que retrata la resistencia contra el régimen de Franco en la postguerra española. Las primeras tres novelas fueron *Inés y la alegría*, *El lector de Jules Verne*, *Las tres bodas de Manolita* y en septiembre de 2017 salió a la luz la cuarta y hasta ahora la última novela en esta serie: *Los pacientes del doctor García*.

¿Como se explica su trayectoria, partiendo de una novela erótica pasando por temas de ciudad moderna hasta llegar a los episodios nacionales?

Es muy fácil. Toda mi vida he escrito la misma historia, lo que pasa es que primero escribí la segunda parte y ahora estoy escribiendo la primera. *Las edades de Lulu* es mi única novela erótica, pero está muy vinculada a mis primeros cinco libros. Tiene mucho que ver con *Malena es un nombre de tange* e indaga la feminidad y es una chica de “la movida”. Malena es la chica de la movida madrileña perfecta. Durante mis primeros libros, yo me dediqué a contar los conflictos de las mujeres de mi generación desde todos los puntos de vista que se me ocurrieron: sexual, político ideológico, familiar. En *Atlas de la geografía humana* acabé con el tema. Yo misma me di cuenta de que se me había acabado el tema o sea que no podía seguir contando las mismas historias.

Entonces escribí otra novela, *Los seres difíciles*, una bisagra perfecta. Hay dos personajes, un hombre y una mujer. El personaje hombre es un chico de la movida, o sea, tiene mucho que ver con las protagonistas de mis primeras novelas. Es la misma atmósfera, la misma vida, el mismo tipo de experiencia, el mismo deslumbramiento después de una dictadura. La protagonista es una mujer que nace en 1947, –ocho años después de que se acabe la Guerra Civil española–, pero es una rehén de la guerra civil durante toda su vida. Es hija de un vencido que elude la pena de muerte gracias a la intervención de una señora para la que trabaja su madre y cuando la madre vuelve a quedar embarazada la

señora le sugiere que le deje a la niña. En esta novela se me abrió una puerta al pasado. Todos los episodios terminan en los años setenta, cuando empiezan las vidas de las protagonistas de mis primeras novelas.

En realidad yo siempre he escrito sobre España. No nos podíamos parecer a nuestros padres. Uno de los lemas de aquella generación fue vivir los excesos sin culpa, fue casi algo programático. Vamos a vivir con exceso y no nos vamos a sentir culpables después, para distinguimos de una España donde todos los pecados eran delitos.

¿Qué significan La Guerra Civil española y la dictadura de Franco hoy para Almudena Grandes y para los españoles en general?

Yo creo que la guerra civil sigue siendo el gran acontecimiento que ha determinado la existencia de este país. Por un lado creo que la Segunda República y la Guerra Civil en cierta medida son uno de los grandes momentos de la humanidad y por eso no se acaban nunca.

Se podrá seguir escribiendo y habrá películas siempre, pero para un español, todavía hoy la guerra civil por acción o por omisión es el acontecimiento que ha determinado el rumbo de este país en los últimos ochenta años. Primero porque generó una dictadura sangrienta que mantuvo secuestrada la democracia española durante cuarenta años. Una dictadura que además surge de un golpe de estado fracasado y genera una guerra civil, en la que mueren centenares de miles de personas, una calamidad completa. Después hubo una transición, cuando el dictador muere (las transiciones se hacen en España de tal manera, que la principal consigna es: hay que olvidar para progresar). La democracia española se asienta en la desmemoria. Fue una estrategia que funcionó bien a corto plazo, pero que ha fracasado radicalmente a medio plazo.

A principios del siglo XXI, hubo una generación, –la mía, la de los nietos de los que lucharon en la guerra civil– la primera en hacer preguntas y no nos contestó nadie. Para entender por qué un acontecimiento tan lejano es tan importante para nosotros, muchas veces digo: yo nací en los años sesenta, los españoles de mi edad crecimos en casas, donde había fotos enmarcadas con mucho cuidado de gente que no sabíamos quiénes eran. A partir de un momento determinado decías: ¿y este señor quién es? Y te respondieron: Es un hermano de tu abuelo o tu abuelo o el novio de tu tía o el hermano de tu padre. ¿Y por qué no lo conozco? Está muerto. ¿Cuándo murió? Hace muchos años. Y si decías: ¿cómo murió? Te respondían: No vamos a contar historias tristes. Nos dimos cuenta de que ya teníamos cuarenta años y no podíamos seguir arrastrando estas preguntas.

El modelo de la transición se agotó, ha dejado de ser útil o ha dejado de ser practicable para este país, y eso es lo que ha prolongado el peso de la guerra civil. Si la transición en España hubiera sido una transición normal, si el primer

acto del parlamento democrático hubiera sido romper solemnemente con la dictadura, si hubiera honrado la tradición democrática española y la tradición antifascista española, –como se hizo en todos los países de la Europa Occidental– ahora mismo la guerra civil no sería un problema. Seguramente yo no estaría escribiendo estas novelas, porque los historiadores hubieran empezado a trabajar mucho antes y lo hubiéramos aprendido en los libros de texto. Por esto la guerra civil sigue siendo tan importante. Es difícil de entender, pero la verdad es así.

La gente de veinte años en las facultades de política, antropología, historia es súper combativa y apasionada con este tema, porque hay que resolverlo. No vamos a poder seguir adelante como país, si no resolvemos este tema. Muchas de las cosas que están pasando en España (lo de Cataluña entre otras) tienen que ver con esto. En este país hay millones de españoles que nunca van a ser otra cosa que españoles, que no tienen otra nacionalidad disponible, que sienten que España es la marca de los “fachas”. No puede ser, no tiene sentido que los catalanes se quieran independizar.

Encontramos entre sus influencias literarias autores como Benito Pérez Galdós, Daniel Defoe, Homero y Cervantes. ¿Y Max Aub con *El laberinto mágico*? ¿Los episodios de una guerra interminable no son de cierta forma una continuación de *El Campo de los Almendros*?

En cierta medida sí porque Max Aub escribió *El laberinto mágico* siguiendo el modelo de los episodios nacionales de Galdós. Eso, para mí, fue emocionantísimo. Me di cuenta de que yo tenía material para contar los veinticinco primeros años de la dictadura. Era la oportunidad de engancharme a una tradición de escritores muy importantes para mí. Galdós estableció un formato narrativo como los episodios nacionales que se puede transitar y Max Aub lo usó a mediados del siglo XX para contar la guerra civil. Entonces yo soy el siguiente, la que cuenta la postguerra con el mismo formato. Para mí fue muy emocionante y un privilegio, de verdad.

**¿Cómo considera el impacto de sus novelas en la sociedad española de hoy?
¿Quiénes son los lectores de Almudena Grandes?**

Yo tengo mucha suerte, soy muy afortunada, porque tengo lectores muy transversales. Mis libros son libros de hijos para padres, para hijos, de nietos para abuelos y de abuelos para nietos. As veces me dicen: te leemos todos en mi familia. Todos son muy variados. Tengo lectores mujeres, pero también lectores hombres. Eso cambió para mí con la memoria histórica, porque los hombres no se acercaban a las novelas, que yo llamo “de las chicas de la movida”. Cuando escribí *Corazón helado*, me di cuenta, que las mujeres leen más ficción, pero a los

hombre les interesa más la memoria histórica. Allí me compensé. Tengo lectores de todas las edades, pero diría que la mayoría tiene más o menos mi edad, o sea que tiene entre cuarenta y sesenta años; también tengo lectores mayores y tengo lectores más jóvenes y eso me llena de alegría. En la universidad están cambiando mucho las cosas, pero durante muchos años el argumento contra este tipo de libro era: Esto ya no interesa a nadie. Tengo muchos lectores de veintitantos años.

¿Quiénes son los lectores de Almudena Grandes en otros países, por ejemplo en Latinoamérica o en otros países europeos?

Latinoamérica es mi propio territorio. Estos episodios tienen mucho atractivo para muchos lectores de Latinoamérica, por lo que representa el exilio republicano español, no solamente para los descendientes de los exiliados, sino para toda la gente, porque los exiliados fueron muy importantes para impulsar la educación, la ciencia, la filosofía en estos países. El prestigio de los colegios republicanos en Méjico o la influencia que tuvo la filosofía, la literatura y la ciencia española en Argentina muestran el interés para gente que no descende de exiliados.

En América Latina estoy en casa, los lectores latinoamericanos son míos tanto como los de aquí. Los temas influyen mucho en la opinión de la gente. *Corazón helado* es una reivindicación de la burguesía.

***Los pacientes del doctor García*, su última novela, habla de los nazis en España durante y después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Cómo llegó a este tema?**

Hubo una época en mi vida, en la que estuve durante casi diez años enganchada a la historia. Quería entender lo que pasó.

Cuando yo empecé a escribir *Corazón helado*, pensé que sabía mucho sobre la Guerra Civil española y en realidad sabía muy poco. Hay pocos en Europa con una historia tan complicada como España y sin embargo, aquí *todo el mundo lo sabe todo*. Hay una cosa como “no me cuentes más, ya me lo sé”. Cuando me di cuenta que en el fondo yo era una de estas personas de las que renegaba, me impresionó mucho ser tan ignorante. Entonces decidí ponerme a leer y entré en una especie de bucle y me tiré como doce años viviendo solamente libros de la historia de España del siglo XX (guerra civil, república y dictadura), solo veía películas españolas, solo oía música española. En aquella época leía cualquier cosa que tuviera que ver con el tema.

En 2006 apareció *La guarida del lobo*, del periodista madrileño, Javier Juárez, sobre los Nazis y los colaboracionistas en la España de Franco. En la portada estaba Otto Skorzeny con la cara rajada saludando muy marcial. Era

una foto de portada muy bien elegida, porque era muy atractivo, a pesar de ser Nazi. Entonces lo cogí, lo hojeé y al mirar las fotos, me encontré con una foto insólita de una mujer, todavía joven, en bañador en los años 30 con un trofeo en la mano. Una mujer, nadadora quizá, con unos brazos inmensos y con cara de niña. Una mujer en bañador en los años treinta en un periódico era algo bastante singular, –fue en 1931– esto tuvo que ver con la apertura de la república. A mí las imágenes siempre me dictan el camino, o sea mis novelas siempre persiguen una imagen. En este caso fue Clara en bañador, quien me dijo: “Sígueme”. Investigué un poco. Comprobé que ella vivía en el número 14 de la calle Galileo. Yo soy de Madrid. He vivido casi toda mi vida entre Malasaña y Chamberí (barrios limítrofes con Arguelles) y he pasado por la calle Galileo muchas veces: es una calle muy corta, pero tiene un teatro, una sala de conciertos, –la más importante de Madrid– y tiene un centro cultural. Es una calle, a la que se va mucho. Entonces cuando yo vi Galileo 14, dije: “qué horror”. Clara fue mi referente, me empujó, y a ella la seguía. Clara fue un regalo para mí. Clara era una mujer llena de luces y de sombras, con muchas facetas. Nace en 1904. Excepto en el amor, tiene éxito en todo lo que hace (notable para una mujer de aquella época). Pero lo que más me impresionó de Clara, –aparte de sus contradicciones–, fue descubrir que cuando Franco gana la guerra, se convierte en la número tres de la sección femenina de la Falange. Ella (y sus amigas) cuando llegan al poder prohíben que todas las mujeres españolas tengan las condiciones que ellas han aprovechado. Es la primera contradicción. Clara abriga a nazis, a criminales de guerra.

Los criminales de guerra son la prueba de que existe el mal en la tierra. Es una presencia indiscutible del mal. Y ella trabajaba para esta presencia del mal y lo hacía con una abnegación, con una capacidad de sacrificio. Si hubiera trabajado para cualquier otro refugiado, sería una heroína. Esto fue lo que me fascinó de ella. Ella tenía una relación casi maternal con los nazis, a los que protegía. Tenía la casa llena de armarios con ropa, zapatos, buscó trabajo, cursos de español para ellos. Tenía un *kindergarten* de criminales de guerra. A mí esto me fascinó, porque creo que los malos, –para ser eficaces, para dar miedo de verdad– tienen que tener luces. Los malos terribles de verdad son padres de familia intachables, que tienen una chica confinada en el sótano o los asesinos en serie que cuidan a su madre anciana. Clara era una de estas.

El otro personaje ilustre es Otto Skorzeny, (llamado Caracortada). Existen indicios, que el propio Mossad trabajaba con él. ¿Qué piensa sobre esta historia y su protagonista?

Cuando trabajas sobre nazis, hay que tener mucho cuidado con las leyendas. Hay que estar apartándolas todo el rato. Hay mucha gente diciendo que el entierro de Skorzeny fue mentira, que él siguió vivo y demás. Lo de la Mossad no lo descarto, porque Skorzeny era un hombre de negocios. La parte de

Skorzeny, la que es verdad, es la historia de la legión Carlos V. Él tenía el delirio de crear un cuerpo armado de voluntarios españoles y de voluntarios alemanes, que tuvieran el cuartel general en España (sería la retaguardia del anticomunismo mundial) y estaba dispuesto a entrar en la batalla, cuando surgiera la Tercera Guerra Mundial. Era un hombre que tenía esta obsesión; mantuvo sus vínculos con todos los nazis en España. Hay innumerables fotos suyas, en fiestas, en barbacoas (los nazis en España eran muy sociables). A mí lo del Mossad se me hace difícil de tragar por ambos lados: por el lado de Mossad y por el lado de Skorzeny. Él hizo muchos negocios en España, cuando ya había pasado todo. Skorzeny es un personaje muy fascinante, al que yo no he conseguido odiar todavía. Era un hombre muy simpático, muy seductor, según todo el mundo que lo conoció aquí.

Cuando tú escribes una novela sobre nazis, es fundamental tener la cabeza fría. La explicación simplista que dice que todos los nazis eran unos animales no vale. Todos los alemanes eran unos enfermos, no vale. Y nadie sabía nada, tampoco, y unos pocos malos volvieron malos a todo un país, esto no vale. Hay que intentar comprender, que pasó. Cuando yo empecé a estudiar historias como la de Walter Kutschmann, que sale en el libro *Los pacientes del doctor García*, que era un asesino brutal que estuvo al mando de una brigada de exterminio de la GESTAPO en Polonia, y ni siquiera mataba judíos sino que mataba intelectuales polacos porque lo habían encargado de asesinar a los profesores y los escritores para acabar con el país. Él en persona ejecutó mil quinientas personas en un mes.

Te enfrentas a cosas así. Skorzeny no es de la misma calaña. Podría haberlo sido quizás, si hubiera estado en la misma situación, pero en principio era un jefe de comando, un militar de operaciones especiales que trabajaba para la cosa equivocada, sin duda, pero era tan listo y tan escurridizo que a mí me interesaba porque los malos tienen que tener luces. No me interesan los personajes íntegros. Me interesan los personajes ambiguos. Yo creo que todos nosotros somos moralmente ambiguos, todos los seres humanos somos capaces de lo mejor y de lo peor. Por eso decidí meter en la novela, un soldado reemplazo alemán que se niega a convertirse en un asesino. Porque hay que matizar. Todos los rusos no eran estalinistas tampoco. Tenemos esa imagen del siglo XX en blanco y negro que en España ha hecho tanto daño. En principio siempre me interesa matizar.

Todos somos víctimas de un relato predominante. Después de un conflicto, después de un proceso histórico queda un relato predominante. Es complicadísimo contar que un comunista español es un luchador democrático y no entra en el relato, pero contar que un comunista italiano es antifascista, heroico, sí entra en el relato. Entonces, lo que yo intento contar en mis novelas historias es lo que el relato dominante ha dejado a un lado: lo que el relato dominante ha tapado. ¿Y por qué no puedo poner a un alemán con conciencia? Tendría que haberlos, lo que pasa es que no los conocemos. Hablo de un

católico, bávaro, lo puse católico porque tenía que hacerse amigo de Adrián (algún motivo debía tener).

Me interesan las historias que han quedado fuera del relato. Y claro, no quería someter a Skorzeny a la misma regla de “todos los alemanes eran unos nazis asesinos, sanguinarios”, –a pesar de que era jefe de un comando. Tampoco me parecía interesante.

La mezcla de personajes históricos con personajes ficticiales es tan importante en esta novela como en los episodios anteriores. ¿Cuál es el efecto intencionado?

He descubierto que a mis lectores no les gusta mirar el índice. Cuando escribes una novela basada en un hecho histórico real, yo intento llegar a un equilibrio con la libertad creadora (algo fundamental porque tienes que sentirte libre para crear). La lealtad con los hechos históricos no puede impedir la libertad. Pero cuando tú estás usando un hecho histórico, estás montando una novela gracias a un hecho histórico, tienes que ser leal a la historia. Digo leal y no digo fiel. Porque si el 4 de febrero de 1957 me interesa que llueva, va a llover. Aunque luego me diga alguien que ese día había sol. Eso me da igual.

La norma de la historia es la verdad, la de la novela es la verosimilitud. Un historiador debe probar exhaustivamente cosas que han sido verdad, aunque parezcan mentira. La norma de la novela es la verosimilitud. Un novelista inventa de cabo a rabo una historia que es mentira y tiene que parecer verdad. Para mi es importante el equilibrio entre la libertad y la lealtad. Yo puedo coger a un personaje histórico (lo hago constantemente) y llevarlo a una situación en la que nunca estuvo, porque me la he inventado yo, pero procuro ser escrupulosamente leal a ese personaje. Yo tengo que escribir de tal forma que Negrin, si estuviera en alguna parte, se reconociera en mi novela. Cuando describo una situación de ficción, procuro que ninguno de ellos no diga nada de lo que hubiera dicho, si la situación hubiera sido real o que no haga nada que no hubiera hecho si la situación no hubiera sido real. Me apoyo mucho en las analogías, en los detalles en situaciones parecidas. Dolores Ibarruri (ella es como la virgen María de la Izquierda española) nunca estuvo en el restaurante Casa de Inés porque me lo inventé yo, pero ella si celebró su cumpleaños cincuenta en un restaurante en Toulouse. Juan Negrín nunca montó con Pablo Azcarate esta operación porque me la he inventado yo. Creo que Juan Negrín estuvo de acuerdo con Monzón y si hubiera funcionado la invasión del Valle de Arán, hubiera venido a hacerse cargo de este país. Pablo Azcarate se tiró 15 años intentando por todos los medios que echaran a Franco de todos los foros internacionales, de tal forma, que si hubieran tenido esta posibilidad, yo apuesto que habrían hecho esto (es una apuesta documentada).

Hay una cosa curiosa, a mí nadie me ha desmentido todavía. Ha habido críticas de mis libros: mejores y peores. Hay blogs de “fachas” que dicen que

todas mis novelas son maniqueas y que soy una lianta; pero nadie me ha dicho: “te has inventado esto”, porque no me he inventado nada. Si yo quiero contar una historia que nadie ha contado, si quiero recuperar episodios, –que no existen para el lector español contemporáneo– yo no puedo poner en riesgo mi propia apuesta. Si yo manipulo, si yo me paso de la raya, entonces mi libro, mi hipótesis, mi posición se debilita. Es fundamental tener en cuenta que un historiador y un novelista son como dos coches que se cruzan en direcciones contrarias por la misma carretera a la misma velocidad. Para mí, como escritora, los historiadores son imprescindibles y son un poco como mis guardaespaldas. En este país, yo corro el riesgo de que alguien me diga que mi verdad histórica no es la verdad histórica. Eso pasa. Pero yo tengo una mochila llena de datos y de nombres.

En los últimos años ha salido un gran número de libros con esta temática en España. ¿Hay alguna explicación para tanto suceso de los nazis en la literatura española actual?

Es un tema atractivo y no existe para la historia oficial. Estas cosas pasan solo en España. Es un tema muy grave que no se recoge oficialmente en ninguna parte y que no hemos estudiado en los libros de texto. Ni siquiera se menciona en los libros de texto la importancia del Wolframio para la industria de guerra alemana o que se pagó la ayuda alemana en materias primas y la italiana no se pagó. Este tipo de cosas se podría reconocer. Es como una especie de mina de oro en España. Y para mí este tema es solamente una veta de la mina. Para mí era una estación que me convenía mucho para la historia que quiero contar, porque yo pretendo contar en esta serie veinticinco años de la postguerra española desde el punto de vista de los resistentes, de los españoles que dijeron que no, que siguieron luchando contra la dictadura con sus medios. Es tan escandaloso que no se sepa, (habría sido en teoría una baza fundamental para los republicanos si las cosas no hubieran sido como fueron en realidad). Para los republicanos habría sido estupendo decirle al mundo: “Franco está protegiendo nazis”, en la época de los juicios de Núremberg, pero los aliados miraban siempre hacia otro lado. Para mí esta historia tenía sentido, porque los cuatro primeros episodios de la serie cuentan acciones que buscaban desesperadamente la invasión aliada en España. La invasión en el Valle de Arán en mi novela *Inés y la Alegría* buscaba una invasión aliada. La guerrilla en el interior, en , cuenta que los guerrilleros no estaban en el monte por su gusto, sino, porque cuando llegaron los aliados tenían que intervenir a favor de alguien. En *Las Tres Bodas de Manuelita* se cuenta cómo las mujeres reconstruyen el partido comunista de España desde las colas de las cárceles. ¿Por qué reconstruyen el partido? Porque era fundamental tener un interlocutor para cuando llegasen los aliados, pero los aliados nunca llegaron. Era una fantasía inagotable la llegada de los aliados. Y en este sentido, la historia de Clara

Stauffer es para mí una última vuelta de tuerca de mi proyecto. Cuando termina esta novela, el fracaso de los protagonistas es un poco el fracaso de este país. En la segunda mitad de los años cuarenta en Italia, en Alemania Occidental, en Austria había elecciones, había dignidad, había orgullo, había democracia. Aquí seguía siendo dictadura hasta 1976. Y los españoles no lo saben. Aquí, durante el franquismo, se repetía machaconamente que la Segunda Guerra Mundial no tenía nada que ver con la Guerra Civil Española, se decía que España no había tenido nada que ver con el resto del mundo. Y en realidad, España fue una víctima de la guerra fría. Entonces para mí esta historia ha sido fundamental para mi proyecto, pero me imagino, que en general, esto es una historia que tiene mucho éxito porque es muy grande para ser tan desconocida. Es lo que pasa en Argentina con los submarinos, donde hay toda una literatura sobre los submarinos que no llegaron nunca, pero salen en películas, en novelas. Es una cosa muy grande que no se conoce.

Usted dijo una vez que los Nazis perdieron la guerra y vencieron la postguerra, ya que vivieron muy bien en España y también en Argentina. ¿Cómo se puede explicar este apoyo por parte de Franco?

Yo creo que Franco evidentemente tenía mucho que agradecerles. Los historiadores ahora han establecido que Franco no entró en la guerra, no porque le preocupaban mucho los españoles, sino porque en Hendaya en aquel vagón le dijo a Hitler que quería el Marruecos francés a cambio del acceso a Gibraltar, pero Hitler no le podía dar el Marruecos francés porque acababa de invadir Francia sin pegar un tiro. Él tenía al gobierno de Vichy a favor, le había salido fenomenal. Franco quería que el Marruecos francés fuera español, y Hitler le decía: “Primero entra en la guerra y luego hablamos.” Franco era muy astuto, no era muy inteligente, pero muy astuto y era muy prudente. Era un hombre muy cauto. Él nunca dio un paso en falso y nunca se movía por pasión. Entonces Franco se mantuvo en esta especie de tierra de nadie: mandó 70.000 hombres a Rusia, la embajada nazi en Madrid era la más grande del mundo. Se llevaba fenomenal con ellos hasta Stalingrado. Después de Stalingrado quedó claro que los alemanes no iban a ganar la guerra y Franco empezó a acercarse a los británicos, pero Franco en su corazón era un fascista. Eso que se dice que “Franco renunció al fascismo” es mentira. Renunció al fascismo, cuando los aliados le dijeron que le perdonaban la vida, –eso está muy claro y hay muchos que lo han estudiado– pero había que “desfascistizar” España, y esto está muy claro, porque mucha gente lo ha estudiado. Después de la segunda Guerra Mundial, la Falange entra en declive porque no convenía. La Falange era un partido fascista. Entonces Franco se inventa la democracia orgánica en los años cincuenta, para decir que hay democracia, porque hay un parlamento. Franco nombraba a dedo a los parlamentarios, como un simulacro. Sobre ese simulacro, todavía hay gente que dice que el franquismo no era una dictadura

sino un régimen autoritario, lo cual era totalmente falso. Todo este maquillaje (apartar a la Falange en teoría, porque luego los falangistas siguieron estando ahí hasta el final), ese simulacro de inventarte el parlamento que llamaba las Cortes Españolas, todo lo hizo para congraciarse con los Aliados y que le perdonaran la vida.

Entregó a un solo colaboracionista en toda su vida, (Pierre Laval, el primer presidente de Vichy) y a nadie más. En 1947, el consejo aliado de control le dio una lista, –teóricamente una línea roja, una lista de alemanes reclamados, en la que estaba Clara–, y le dijeron: “O nos entregas a estos o ya no somos amigos”. Y Franco no entregó a ninguno y no pasó nada. Los aliados siempre miraron hacia otro lado y él siguió protegiendo a los alemanes, porque ganó la guerra gracias a la ayuda alemana y eran los suyos de corazón y él no era un sentimental, por eso mató tanto. Él era muy astuto, muy traicionero y egoísta. ¿Por qué no entregó a ningún nazi? ¡Porque pudo! Si los aliados se hubieran puesto serios, los hubiera entregado. A Lazar estaba a punto de entregarlo. Los protegieron a todos, pero no solo eso. Skorzeny montó un estudio de ingeniería y era el representante de las acereras alemanas en España. Leon Degrelle montó una empresa de construcción. Se hicieron millonarios con contratos de obra pública que pudieron haber ido a parar a empresarios españoles, pero se las dieron a ellos. No solamente los protegió, sino que les ayudó a prosperar porque era un fascista.

¿Qué piensa Ud. sobre las conexiones existentes entre los viejos nazis y la nueva ultraderecha en España?

Aquí tenemos nuestra propia tradición fascista, entonces la ultraderecha siempre tiene más que ver con el movimiento nacional, con la Falange. Sin embargo es verdad que Degrelle (de todos los nazis y colaboracionistas que vivieron en España) durante los últimos años de su vida se convirtió en un ícono para los nuevos fascistas españoles y los neonazis españoles. Aparecía en los *meetings* vestido con el uniforme de las SS y daba discursos. Pero la extrema derecha española es muy rara y España es un país muy raro también en eso. Mientras en toda Europa surgen partidos de extrema derecha, aquí no hay ningún partido de extrema derecha con opción porque están todos en el Partido Popular. El Partido Popular es de verdad un partido de derechas en el que cabe todo: hay liberales, demócratas-cristianos y hay ultraderechistas y ultra católicos. Están todos metidos allí de momento. Siempre estamos esperando que estalle el Partido Popular, pero todavía no ha estallado. Entonces no hay una ultraderecha organizada, hay nostálgicos del régimen, eso sí hay, gente que sigue yendo al Valle de los Caídos a llevar coronas; sigue existiendo Falange, pero es un partido minúsculo que nunca tiene representación parlamentaria y yo creo que ni siquiera tendrá algún concejal en algún ayuntamiento, a lo mejor ni eso. Es más un movimiento nostálgico que otra cosa. ¿Sabes dónde tiene la

ultraderecha con más influencia en España? En los equipos de fútbol. La manifestación más poderosa de la ultraderecha en España son los hinchas del fútbol. A veces en un solo equipo de fútbol hay ultras de la izquierda y ultras de la derecha que se pegan todo el tiempo entre ellos. Muchos equipos de fútbol tienen ultraderechistas como su gran escaparate y aparte de eso hay ultraderecha, pero es poco activa. Es una de las cosas raras de este país, para una vez buena. En un país como este con tanta inmigración, con la crisis tan gorda que ha habido, con la tradición fascista imperial y xenófoba que tiene este país, debería tener un partido de ultraderecha xenófobo, pero no lo hay.



Llevat que s'hi indiqui el contrari, els continguts d'aquesta revista estan subjectes a la llicència de Creative Commons: Reconeixement 3.0 Espanya.